

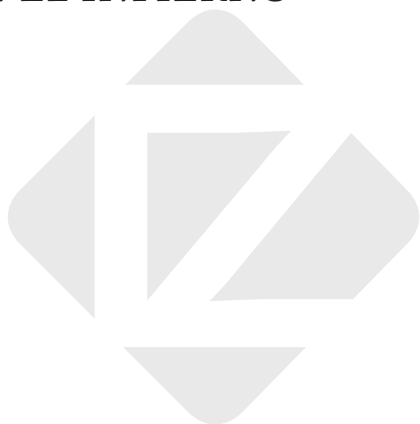
ARTHUR RIMBAUD

Una temporada en el infierno



INTERZONA

UNA TEMPORADA EN EL INFIERNO



Arthur Rimbaud

**UNA TEMPORADA
EN EL INFIERNO**



Traducción y prólogo de
NICOLÁS SUESCÚN

INTERZONA

INTERZONA

Colección ZONA de TESOROS

Rimbaud, Arthur

Una temporada en el Infierno / Arthur Rimbaud. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

96 p. ; 17 x 11 cm. - (Zona de tesoros)

Traducción de: Nicolás Suescún.

ISBN 978-987-790-125-2

1. Prosa Literaria. 2. Poesía. 3. Poesía Francesa. I. Suescún, Nicolás , trad. II. Título.

CDD 841

Título original *Une saison en enfer*

Primera edición 1873

© Arthur Rimbaud 2025

© 2025, interZona editora

interZona editora, 2025

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Diseño de tapa: Estudio KPR

Traducción y prólogo: Nicolás Suescún

Edición integral: Natalia Brega

Asistente editorial: Pablo Monteagudo

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PRÓLOGO

*Para mí el caso de un poeta, en esta sociedad
que no le permite vivir, es el caso del hombre
que se aísla para esculpir su propia Sepultura.*

MALLARMÉ

¿Cuál es esa temporada que pasa Rimbaud en el «infierno»? ¿Su tormentosa relación con el poeta Paul Verlaine? ¿Los dos años largos desde cuando huyó de su casa por primera vez, es decir, su adolescencia? ¿Su niñez? ¿Toda su corta vida?

Esta última sería la respuesta más exacta. No es solo ese altivo y frustrado intento de vivir en carne propia la revolución sexual (“Hay que volver a inventar el amor, se sabe”), ni su adolescencia bohemia y errante o su niñez sombría; es lo que surge de todo aquello, la reacción contra la familia, simbolizada por su madre, fría, resentida, represiva, abandonada por su marido; y

contra la provincia, contra el país, entregado con frenesí al capitalismo salvaje, contra la moral y la religión, contra la ciencia y su hijo bastardo, el progreso, contra el mundo occidental, contra todo y contra todos.

Más que ningún otro poeta, más que cualquier filósofo —con la excepción de su contemporáneo Nietzsche, con quien coincide en tantas cosas—, Rimbaud es la revolución y su equivalente poético, la profecía.

Revolucionarias son sus formas de hacer poesía, rompiendo todas las reglas, buscando como un mago intuitivo la alquimia de las palabras, y su poética, que expande la conciencia y derrumba el vetusto edificio de la literatura universal. ¿Exagerado esto para describir el efecto de la exigua obra de un patán oji azul, de manos grandes y modales “hippies”, que dejó la poesía a los diecinueve años —la revolución de su vida— y no volvió a hablar “de eso” en los dieciocho que le quedaban?

Sí, pero con fundamento. Veamos: “El concepto de la ‘palabra ausente’ —escribe George Steiner— es la marca de la literatura moderna. La principal división en la historia de la literatura occidental tiene lugar entre principios de la década de 1870 y el fin del siglo. Divide una

literatura esencialmente establecida en el lenguaje de otra para la cual el lenguaje se ha convertido en una prisión. Comparados con esta división todos los rótulos estilísticos o movimientos —el helenismo, lo medieval, lo barroco, el neoclasicismo, el romanticismo—son solo subgrupos o variantes. Desde el principio de la literatura occidental hasta Rimbaud y Mallarmé (Hölderlin y Nerval fueron decisivos pero aislados antecesores), la poesía y la prosa estaban en armonía orgánica con el lenguaje.

”El vocabulario y la gramática podían extenderse, distorsionarse, llegar hasta el límite de la comprensión... Las *Cartas del vidente* fueron escritas en 1871. No hacen nada menos que proclamar un nuevo programa para el lenguaje y la literatura: ‘Encontrar una lengua; por lo demás, pues toda palabra es idea, llegará el tiempo de un lenguaje universal’... El poeta ya no tiene que aspirar a una posesión connatural de la casa de las palabras. Los lenguajes que le esperan como individuo nacido en la historia, en la sociedad, bajo las convenciones expresivas de su medio y cultura particular, ya no son su piel original. El enemigo es el lenguaje establecido. Sus mentiras son sórdidas para los poetas. Lo ha trillado el diario manoseo... La tarea obligatoria

del poeta es, como Mallarmé dijo de Poe, ‘purificar la lengua de la tribu’... Tratará de anular o, por lo menos, de debilitar la continuidad clásica de la razón y de la sintaxis, la dirección consciente y la forma verbal...”.¹

Steiner expresa con precisión y recalca el alcance de una obra visionaria de fabulosa creatividad nacida de un lancinante sufrimiento, registrado en la *Temporada*: los diecinueve años más intensos vividos por cualquier ser humano, no porque hubiera tenido una vida peor o más agitada o dolorosa que la de millones y millones, sino porque había expresado esa soledad extrema del egoísmo y el desamor establecidos, y porque tuvo conciencia de ello y expresó su tortura: la imposibilidad de realizar su inmenso amor por el mundo y su enorme caridad. Cuando la mayor parte de los mortales apenas empezamos a balbucear, Rimbaud, movido por una fuerza telúrica que lo obliga a ir de aquí para allá tanto en el mundo real como en el del espíritu, decidió abandonar la palabra cuando ya la había agotado, cuando ya había exprimido el lenguaje al máximo, que es lo que interesa al gran crítico. Pero fue tal su poder

1. George Steiner, *After Babel*, Oxford University Press, Oxford, 1975, p. 176.

que ese silencio final, esa renunciación, ha sido tan importante e influyente como su poesía. El resolvió, cortando por la raíz —por esto los surrealistas oficiales, con Breton a la cabeza, condenaron a Rimbaud y acogieron a Lautréamont—, el dilema que obsesiona al poeta de nuestro tiempo, enfrentado al cruel absurdo del mundo y al deprimente desgaste del lenguaje.

¿Pero cómo fue esa vida, ejemplar por ser única?

Jean-Nicolas-Arthur Rimbaud nació en Charleville, un pequeño pueblo del norte de Francia muy cercano a Bélgica, el 20 de octubre de 1854, de una hija de campesinos pobres y de un capitán de infantería que, al parecer, solo estaba en casa para preñar a su mujer.

Arthur fue el segundo de cinco hermanos: Frédéric, el mayor, y tres niñas, Vitalie, Isabelle y una tercera que murió a los tres meses. El inquieto militar dejó a su esposa en el séptimo año de matrimonio, cuando el poeta tenía seis. Su precocidad fue asombrosa. A los diez años escribió un sueño en un cuaderno, “El sol estaba todavía caliente”. Este es el primer párrafo:

El sol estaba todavía caliente; sin embargo, ya casi no iluminaba la tierra; como una antorcha colocada

frente a los... no los ilumina ya sino con un débil fulgor, así el sol, la antorcha terrestre, se extinguía dejando escapar de su cuerpo de fuego un último, débil fulgor, que sin embargo todavía permitía ver las hojas verdes de los árboles, las florecitas que se marchitaban y la copa gigantesca de los pinos, de los álamos y de las seculares encinas. El viento refrescante, es decir, una fresca brisa agitaba las hojas de los árboles con un murmullo muy parecido al que hacían las aguas plateadas del riachuelo que caía a mis pies. Los helechos bajaban su frente verde ante el viento. Me dormí, no sin haber saciado mi sed en las aguas del riachuelo.

En el sueño que tiene nace en el siglo xvi, hijo de un coronel del rey, alto, flaco, de barba negra, que tiene “48 o 50” años pero que parece de “60 o 58”, de carácter “hirviente, a menudo colérico”, y de una madre “dulce, calmada, a quien nada asustaba”. Al niño, con unos hermanos “menos valientes” pero mayores, no le gusta estudiar, “es decir, aprender a leer, escribir y contar”. A pesar de los innumerables intentos de chantaje de su padre, de mil regalos que le ha ofrecido, no ha podido leerle nada. Se pregunta para qué leer griego y latín, idiomas que nadie habla. ¿Qué le importa graduarse o que Alejandro Magno

haya sido célebre? No, él va a vivir de la renta. Y termina:

Para ser limpiabotas, para ganarse un sitio como limpiabotas, hay que pasar un examen; porque lo que a uno le ofrecen es ser limpiabotas, o porquerizo, o boyero. A Dios gracias yo no quiero nada de eso, ¡yo recáspita! Así le reparten a uno cachetadas de recompensa; lo llaman a uno animal, lo que no es cierto, pequeñín, etc. ¡Ah, recáspita!²

En este primer escrito conocido ya está el meollo de su obra: la visión casi mística, panteísta, de la naturaleza, la familia, en este caso idealizada (sobre todo el padre que solo recuerda por una riña que tiene que ver con un plato de latón), y por supuesto la rebeldía, que afloraría después, pues en ese momento era el primero de su clase y un excepcional estudiante de latín.

Así recreó Rimbaud su niñez en *Los poetas de siete años*:³ su madre se siente orgullosa de sus tareas, pero no ve “bajo la frente llena de eminencias / el

2. Arthur Rimbaud, *Ouvres complètes*, Gallimard, París, 1954, p. 3.

3. Rimbaud, *Ibid.*, p. 77.

alma de su hijo entregada a la repugnancia”. “Todo el día”, dice.

...sudaba de tanto obedecer; muy / inteligente,
pero negras manías, ciertos rasgos, / parecían
comprobar en él agrias hipocresías. / A la sombra
de corredores con el papel enmohecido, / de paso,
sacaba la lengua, con sus dos puños / en la ingle, y
veía puntos en sus ojos cerrados. / Una puerta se
abría por la noche: allá arriba, / bajo la lámpara, lo
veían acezando en el tramo, / bajo un golfo de día
que colgaba del techo. En el verano / sobre todo,
vencido, estúpido, se empeñaba / en encerrarse en
la frescura de las letrinas; / allí pensaba, con las
narices tapadas y tranquilo.

Su madre tiene “la azul mirada que miente”.
Cuenta que hacía “novelas sobre la vida / del
gran desierto, donde brilla la libertad extática, /
bosques, soles, orillas, llanuras”. Confiesa que no
quería a Dios, “sino a los hombres que en tardes
/ leonadas, negros, con blusones, veía entrar
al barrio”. Y concluye así este amargo, irónico
autorretrato:

Y como saboreaba ante todo las cosas sombrías,
/ cuando en el cuarto desnudo, cerradas las

ÍNDICE

Prólogo	7
Una temporada en el infierno	41
Mala sangre	45
Noche del infierno	57
Delirios I. Virgen loca el esposo infernal	61
Delirios II. Alquimia del verbo	69
Lo imposible	81
El relámpago	85
Mañana	87
Adiós	89